

frarrojos, ya que no tiene mucho que ver con el original. En los discos modernos lo que lamentamos es quizás su perfección. Nos volvemos nostálgicos a las salas en que sin artificios se nos transmitía con "erratas", humanas, comprensibles, cálidas. Hay quien prefiere por más "humanos" oír los discos de 78 revoluciones. Pero ¿quién distingue aquí el refinamiento de la morbosidad? Aplicarse a destacar la música del ruido de la aguja que la compañía tiene mucho de malsano. En París se sirven truchas, asadas ante el gastrónomo en una bandeja de aceite hirviendo, pero el secreto de su "bouquet", de su sabor viene, según los expertos, de que la trucha acaba de ser sacrificada. Y en efecto, al lado del goloso hay un acuario, el mozo pesca una con red que semeja a la que utilizan los niños para cazar mariposas, vivita y coleando se le da a la trucha un golpe contra el canto de la mesa, y así medio atontada o muerta va a nadar en el aceite. Sin este ceremonial de verdugo no hay "sabor".

El peligro a mi parecer viene de otra parte en lo que a la "perfección" de la música afecta. Si la técnica la traduce de modo tan cabal, más aún, si por vez primera ha hecho existir a la música en su verdadera forma, ¿qué pensar de la música del pasado? Ahí la tenemos en discos de setenta y ocho, en rollos, en partituras. Y los hombres se divertían con ella y hablaban de que eso era la música. Para un tecnócrata estas eran nada más que buenas intenciones, piadosos deseos. En verdad tenían aproximaciones a la música, oír la era el residuo sublime que quedaba después de atravesar por el laberinto tortuoso de sus condiciones. A la luz de las velas los ojos de Bach se encogieron copiando partituras, y a la luz también de las velas los intérpretes tenían que descifrar sus excelencias. El hombre era a la vez el gastrónomo y la trucha, como Beethoven. La técnica nos ha librado de estas torturas. Y si en la tela del universo es la música un hilo insignificante, en la tela de la historia parece también ser un hilito que sobrenada; hacia atrás no hay música, hacia adelante la que se quiera, toda la que quiera darnos la técnica. ¿No es violenta esta conclusión? Indudablemente que sí, pero la lógica no nos permite decidir en qué momento estamos incurriendo en el error, nos da la pura verdad.

Siempre me llamó la atención un cuadro en que Nietzsche contempla a través de una ventana un paisaje tranquilo y sedante. En sus manos sostiene el filósofo una partitura y sus ojos parecen perderse en los paisajes interiores que le ha sugerido la lectura de la música. Su pensamiento no semeja ser otra cosa sino el surco que ha dejado en su cabeza esa ininterrumpida lectura de las partituras. Conforme a mis ideas nada de esto sería cierto. No habría más que una música y el cuadro en que el filósofo medita sobre la partitura no tendría nada que ver con la verdadera música, con la de un señor arrellanado en un sillón frente a un aparato de alta fidelidad. *Etwas stimmt nicht*, como dicen los alemanes. Algo anda mal. Veamos las cosas más de cerca. Intentemos penetrar en la otra música, en la de las partituras, en la música interior.

SILUETAS DEL PERIODISMO MEXICANO

JOSE ALVARADO,
ESCRITOR POLITICO

Por Elena PONIATOWSKA

ANTES de conocer a Pepe Alvarado conocí a sus amigos. Fui a comer con ellos al restaurante del papá de Rodolfo Dorantes (del *Diario de la Tarde*) y nos dieron una "tinga" buenisima. Allí estaban Dorantes, Enrique Ramírez y Ramírez, Macrina Rabadán, Alberto Beltrán, Ricardo Cortés Tamayo y unos licenciados. Les pedí que me hablaran un poco de Pepe y cayó sobre mí un aluvión de anécdotas, aseveraciones y exclamaciones de gusto. Cada uno sacaba de su cabeza y de su memoria alguna historia sobre Pepe Alvarado y todos se disputaban la palabra. (¡Por lo visto a Pepe Alvarado lo quieren sus amigos!) Empezaron a contarme anécdotas acerca de la vida de Pepe, pero se detenían a medio camino: "¡Eso no es para que se publique, Elena!"

Sin embargo, de entre la maraña de frases sueltas: "¡Tiene unas cejas tupidas y agresivas!"... "¡Siempre está metido en el Ambassadeurs!"... "¡Es alto, con la voz ronca!", pude sacar en limpio que Pepe Alvarado nació en Lampazos, Nuevo León, allá por 1911. ... Hacía editoriales para la cadena de periódicos García Valseca, pero cuando le pidieron que escribiera a favor de Castillo Armas, cuando lo de Guatemala, no quiso... Todos leen sus artículos porque saben que es de los pocos periodistas que ha preferido quedarse sin trabajo a escribir editoriales en contra de su convicción personal. *Se dice, además, que Pepe Alvarado es el mejor escritor político que hay en México.* ¡Y con razón! Sabe decir las cosas con fuerza, honradez absoluta y con sentido del humor. Prueba de ello, sus "Apuntes al Vuelo", sección diaria en *Excelsior*, sus artículos en este mismo periódico y en la revista *Siempre*. Pensar que Pepe pudiera vender algún día su pluma, sería tanto como imaginar la conversión del Papa al protestantismo.

Cuando conocí a Pepe Alvarado —cinco días más tarde—, comprobé que en efecto tiene las cejas más pobladas de México. Me sugirió que fuéramos al Kikos "para poder estar más tranquilos". Fuimos caminando. Iba saludando a diestra y siniestra continuamente, sin parar un segundo: "¿Que tal chaparro?", "¡Adiós Luis!", "¿Qué te has hecho, Carlos?", "¿Cómo le va don Genovevo?" (y volviéndose a Jaime García Terrés, quien lo acompañaba: "Mira, éste es Genovevo Malacara, el famoso 'Vevo', a quien Zapata le quemaba el listón del sombrero cada vez que él contaba un chiste malo"...).

—¡Señor Alvarado! ¡Conoce usted a media humanidad!

—Es que todas esas gentes son periodistas...

(Una vez sentados en las caballerizas del Kikos, lo primero que hice fue pre-

guntarle por los libros que ha escrito, y que no son propiamente ensayos políticos).

—Señor Alvarado ¿es cierto que en su *Sociología de la barbacoa* habla usted del carácter de los políticos, a través de lo que comen?

—En efecto, trato de ver los gustos de los políticos a través del tiempo. Por ejemplo, de la época de Calles hasta fines del porfirismo, tomaban coñac. Del porfirismo hasta ahora han pedido whisky. En la actualidad, ya algunos políticos saben pedir Dubonnet, aunque lo pidan después de comer...

—¿Es cierto también, que regaló usted la mayoría de los ejemplares de sus dos relatos: *Memorias de un espejo* y *El personaje*?

—¡No me hable usted de esas cosas! Las *Memorias de un espejo* es un relato muy malo. *El personaje* (editado por Los Presentes) es menos malo...

—¿Cree usted que todavía haya ejemplares en las librerías para que lo lea yo?

(Pepe Alvarado sonríe con mucha malicia en los ojos, pero no sin indulgencia. Ha de pensar: "¡Qué dispersa está la juventud de hoy!")

—Señor Alvarado, hábleme de usted mismo...

(Sonríe de nuevo, frente a un refresco pequeño que la mesera acaba de depositar entre sus manos. Es una "chapparrita" de naranja. No va nada con su altura, con su robustez. Hubiera yo preferido que pidiera un buen tarro de cerveza).

—Fui estudiante de derecho en Toluca...

—¿Compañero de López Mateos?

—Nada más que él no asistía a clases y yo sí... Era la época interesante de la campaña vasconcelista, la reforma universitaria del 29. Había una gran inquietud en la escuela de leyes. Fui discípulo de Gómez Morín y de Lombardo...

—Eso es. ¡Hábleme de Gómez Morín!

(Cuando Alvarado comienza a hablar de las épocas que le ha tocado vivir, de los personajes que ha conocido, de su juventud y sus días de estudiante, todos se callan para escucharlo. El podría no terminar nunca; pasarse horas enteras recordando a Carranza, Obregón, Calles, docenas de generales revolucionarios; a sus maestros en la Universidad de aquellos tiempos (entre otros, los "siete sabios"), sus andanzas en el vasconcelismo. ¡Lástima que no escriba sus memorias! Serían sin duda uno de los libros más amenos e interesantes).

—Gómez Morín era un profesor muy eficaz, muy agradable. No estoy de acuerdo con sus ideas, pero me parece un hombre de talento jurídico innegable. Es uno de los mejores maestros que he tenido. Claro, era formal y académico. Le gustaba comparar las leyes con las sinfonías de Beethoven y con eso hacía que a unos nos gustara el derecho y otros odiaran la música...

—¿Y la facultad?

—La escuela de Leyes equivalía entonces a una facultad de humanidades porque todos los estudiantes tenían intereses

ajenos al derecho: la filosofía, las letras, la lógica, etc. Tal vez, la facultad creó malos abogados, pero sí pienso que de esas aulas salieron algunos buenos ciudadanos.

—Y de su otro maestro Lombardo Tolledano, ¿qué me dice?

—Lombardo es también un hombre con mucho talento y tiene una gran cantidad de conocimientos generales. Desgraciadamente, en los últimos días de su vida ha cometido muy graves errores y se han hecho mucho más evidentes y perjudiciosos los defectos que corresponden a toda su generación...

—¿Su generación?

—... que es la generación de los niños mimados de la "primavera revolucionaria", que está en peligro de convertirse en un grupo de viejos verdes...

—¿Convertirse?

—Mejor dicho, ya se ha convertido...

—Y ¿cuáles son los defectos de Lombardo?

—Una falta de verdadera generosidad hacia los jóvenes y sobre todo el temor a comprometerse profundamente. Eso ha hecho de Lombardo un líder proletario con alma incurable de pequeño burgués anhelante y de Gómez Morín, un líder de la derecha con nostalgias liberales...

—Señor Alvarado, pasemos al gobierno actual. ¿Qué le parece a usted la actitud del presente régimen? ¿Qué opina de que López Mateos haya liberado a Othón y a Jacinto López?

—Me parece un acto de justicia y un buen síntoma de la política que tal vez inicie el nuevo gobierno.

—¿Y cuál va a ser esa política?

—Yo creo que puede ser una política de mayor extensión de las posibilidades democráticas del país y un cuidado más atento a los problemas populares más profundos...

—¿Cree usted que la política de Uruchurtu en el pasado sexenio ayudó a resolver los problemas económicos de las colonias proletarias?

—Yo no soy antiuruchurtista, pero creo que los problemas que tiene que afrontar ahora son mucho más graves y difíciles que los del sexenio pasado. Desde luego tiene que enfrentarse a los problemas topográficos de la ciudad, el subsuelo, el drenaje (que tan sólo se resolvió parcialmente), el problema de los transportes y el de establecer una verdadera policía en lugar de esa hampa militarizada que padece la ciudad desde hace muchos años.

—¿Y cree usted que López Mateos esté solo? Se dice que las valientes medidas que ha tomado últimamente lo separan de muchas gentes...

—Hay cerca de él gente que lo auxilia eficazmente. No debemos olvidar que en México, la política es presidencialista.

(A pesar de que estamos confinados en una caballeriza, muchas personas llegan a saludar a Pepe. Alvarado es, entre los periodistas, uno al que todos conocen. ¡Y no se diga cuando Pepe entra al Am-

bassadeurs! De las mesas, de los rincones, surgen todo género de voces: graves, tipludas, ancianas, juveniles; y entre todas forman un coro entusiasta que grita, canta, masculla al mismo tiempo: "¡Qui'hubole, Pepe!". Y Pepe, con sus grandes cejas y su gesto bonachón, a todos va respondiendo por nombre y señas generales. Es sumamente popular en los más variados medios.)

—Señor Alvarado, ahora le voy a hacer las preguntas serias que me encargó Jaime García Terrés...

—Bueno, vengan.

—¿Cuál es su ambición y cuáles sus posibilidades como periodista mexicano?

—Creo que el periodista debe ser, sobre todo, un escritor político. Mi ambición como periodista mexicano es la de informar y opinar con claridad para el mayor número de lectores, interesarlos en la vida de México y en los problemas fundamentales del mundo; servir a la política nacional mostrando lo que, a mi juicio, son los aciertos y los errores de los hombres públicos, los defectos y las virtudes de sus métodos; trato de evitar que se confunda a los simples aventureros, a los declamadores, los tenores o los negociantes con los hombres de misión pública. Mis posibilidades, en lo que se refiere a mi capacidad personal, son limitadas. Pero la sociedad mexicana ofrece cada día un campo más abierto; el periodismo empieza a ejercer, aunque lentamente, influencia en nuestra vida nacional después de muchos años de sordera de los políticos.

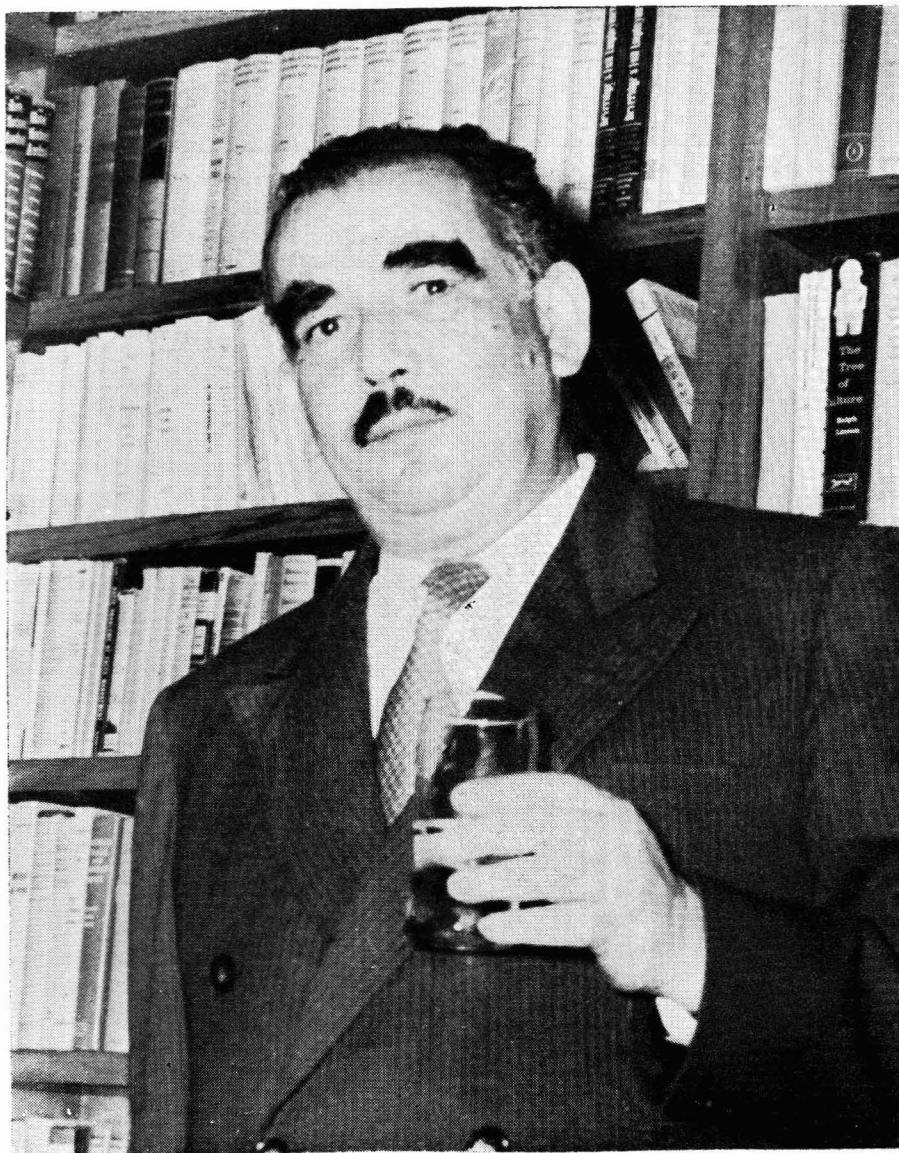
—Si tuviera que escribir el editorial de un gran periódico, señor Alvarado, con tema y desarrollo dejados a su absoluta discreción ¿sobre qué escribiría y en qué aproximados términos?

—Escribiría sobre la necesidad de que el Presidente de la República y todos los miembros de su Gabinete fueran objeto de una verdadera crítica en la prensa. Señalaría que el jefe del Poder Ejecutivo no puede ser infalible, ni intocable y que todos sus actos públicos deben estar expuestos a la libre crítica de todos los ciudadanos, y, por ende, de todos los periodistas. Un Presidente no puede sentirse como la reina Isabel, ni como la princesa Margarita, y en el Congreso sería muy bueno que, en lugar de los elogios vacíos, tan frecuentes y monótonos, se indicaran las equivocaciones de los jefes de Estado.

Los términos del editorial serían claros y un poco alegres. No hay nada más cursi e inútil que un editorial pedante, campanudo y sociologóide. El editorial no debe hacerse con la tambora, sino con un violín.

—¿Hasta qué punto hay, prácticamente, libertad de expresión?

—Hay, digamos, un cincuenta, punto dos, por ciento (50.2%) de libertad de expresión en México. Podría haber, si no la libertad de expresión que los periodistas quisieran, un porcentaje más alto. Pero para ello se necesitaría que todos los directores de periódicos fueran periodistas, y no ciudadanos con alma de vendedores de calcetines o chicharrones. Desgraciadamente en México, no abundan los directores de grandes diarios que sean verdaderamente periodistas. Luego los anunciantes... el suministro de papel... los llamados jefes de prensa... En México es ahora muy buen negocio ser perio-



José Alvarado. "el mejor escritor político que hay en México"

dista de pacotilla y es difícil ser periodista a secas.

—¿Qué cambios operaría usted en la actual situación mexicana, si se le diera carta blanca?

—Un cambio radical en la política económica para hacer más justo y más útil al pueblo y a la nación el reparto del ingreso nacional. Es el único camino hacia una prosperidad verdadera y el único medio para hacer de México una nación verdaderamente moderna, con un nivel de vida también moderno para la mayoría de los mexicanos.

—¿Cuáles son a juicio de usted, la principal virtud y el principal defecto del periodismo mexicano?

—El principal defecto ya está señalado en la respuesta a la tercera pregunta: los falsos periodistas metidos a directores o empresarios de periódicos. La principal virtud es la presencia en el periodismo de reporteros jóvenes, inteligentes y honrados.

Pepe toma un pequeñísimo trago de su "chaparrita". Como escritor, José Alvarado es de primera. ¡Cuántos libros hubiera podido realizar! Pero él prefiere entregar sus energías al periodismo. Es un periodista nato, y no se concibe fuera de una redacción. Allí se instala día tras día, se pone sus anteojos, toma notas de muchos papeles rarísimos, y a escribir. Eso sí, cuando está escribiendo, pocas cosas logran distraerlo.

Hugo Latorre Cabal, su compañero de periódico, se dedica a tomarle el pelo: "Ya ves, Pepe, el incomprensivo de José Luis Martínez no te quiso incluir en su *Antología del ensayo*. Esto no se puede quedar así; tienes que retarlo a duelo". José Alvarado nomás menea la cabeza y responde con su vozarrón de cantante de ópera retirado: "¡Este colombiano!"

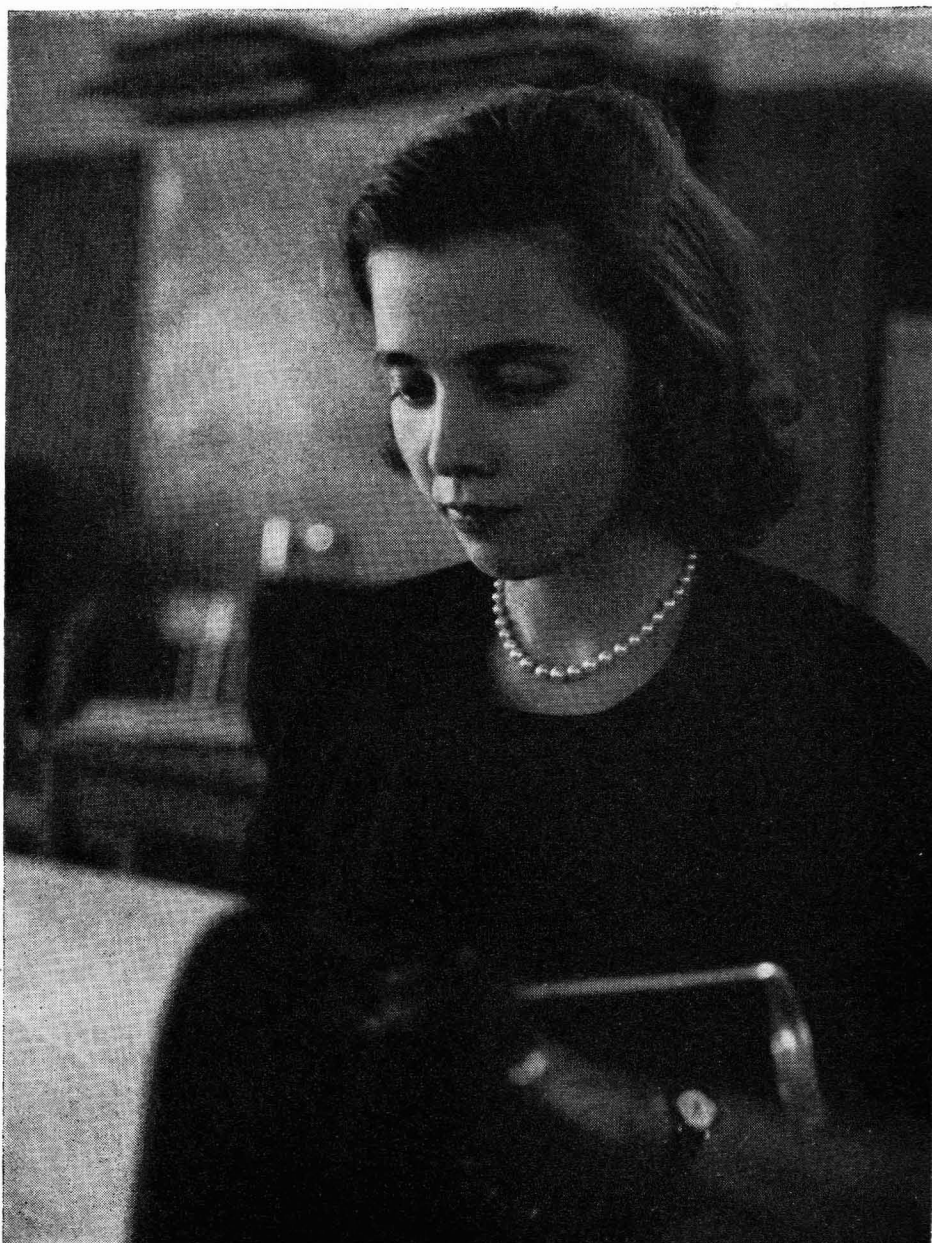
Abel Quezada lo pinta a cada rato en sus "monos". —"Mira nomás, a ese Abel —protesta Pepe— ya me volvió a sacar en sus cartones como ingeniero agrónomo". Y al día siguiente, Abel lo pinta de nuevo en otro cartón, diciendo alguna barbaridad o haciendo las veces de manifestante iracundo. "Quién te manda ser tan fotogénico", comenta Hugo Latorre con su elegante acento sudamericano, impulsando hacia adelante uno de sus cincuenta y seis finísimos bastones (los bastones, los paraguas y las maracas bien templadas son las grandes pasiones de Hugo).

Hace poco Pepe estuvo enfermo. Los amigos no cabían en su casa: porque le tienen mucho afecto... y porque allí preparan una espléndida carne machacada (Pepe es de Monterrey), servida con auténtico mezcal del Norte, que no se puede despreciar.

LOS SILENCIOS DE ELENA PONIATOWSKA

Por Martín PALMA

PARACE salida de alguna mitología. Acaso de la mitología irlandesa, pródiga en duendes, hadas, sirenas, espíritus del agua y de los bosques, y otras delicadas, traviesas apariciones. Es



Elena Poniatowska. "brilla su gracia y se destaca su gran talento"

pequeña. El cabello rubio. La mirada azul, clara y viva. Su voz juega con las palabras, las anima, las trenza en un hilo diáfano, casi infantil.

Pero es una muchacha formal —en el mejor de los sentidos— y desempeña su labor como un verdadero oficio que requiere constancia y devoción. Todo el día se la oye recorrer sin cesar las teclas de su máquina de escribir; únicamente la abandona para salir a la calle, a ver gente, a estudiarla, a buscar material para su trabajo.

En el periodismo mexicano, brilla su gracia y se destaca su gran talento. En cada una de sus entrevistas se transparente esa, tan personal, agilidad suya; esa sensibilidad fresca y ese fácil registro del lenguaje coloquial. A veces sus inquisiciones son francas diabluras. ¡Y en buena hora que lo sean! Nada sacrifica después de todo, sin la eventual vanidad del entrevistado. Si el resultado de la charla es una caricatura, la culpa será siempre del otro interlocutor, que tal fruto propicia con veleidades o pretensiones inoportunas.

A fines de 1954 publicó un libro: *Lilus Kikus*. Un volumen delgado e indefinible, que ya denunciaba gentilmente su vocación literaria. Después, se ha asomado al teatro, al cuento, al poema; actualmente prepara una novela. ("no sé si la terminaré", me dice).

Pero lo más valioso es ella misma, su juvenil espontaneidad, su autenticidad absoluta, su lejanía de toda afectación.

Un día escribirá el libro que puede, merece y debe consumir. Una obra en que ella y sus mejores cualidades estén presentes y sean advertidas en su plena valía. Muchas son las sorpresas que nos reserva, sin duda, este duendecillo rubio, de nariz respingada, perpetua sonrisa y oído abierto al múltiple rumor de la vida.

* *

Elena Poniatowska nació en París. Se educó en Estados Unidos... Y es más mexicana que nuestros más intensos nativos.

(—¿Te casarás con un mexicano, Elena? Ella adopta una expresión enigmática, y me habla del frío que ha hecho durante las últimas semanas.) Habita en una casa inmensa, repleta de muebles antiguos, perros, y retratos de familia, y a la que siempre parece haber entrado volando por la ventana, como la Tinker-bell del *Peter Pan*. Frente a la reja de entrada, un diminuto coche colorado aguarda a su dueña.

Elenita me guía al cuarto en donde redacta sus cuartillas. Una selva de volúmenes empastados y sin empastar, recortes de periódicos, cuadernos; con una mesa en un rincón, una lámpara y un par